

Paloma Román Marugán\*

**Russell, Bertrand:**  
***El poder. Un nuevo análisis social***  
Barcelona, RBA, 2013, 285 pp.

Acostumbra a decirse, que en tiempos de crisis, conviene releer a los clásicos. Siguiendo esa máxima, aparece en el mercado editorial en castellano una de las obras más importantes a juicio del propio autor, *Power. A New Social Analysis*, de Bertrand Russell. Su auténtica publicación, en el sentido de ver la primera luz, ocurrió en los convulsos —también— años treinta; concretamente en 1938, siendo su primera versión española bastante temprana, ya que data de 1939.

Poco hay que detenerse en la figura de Bertrand Russell, hombre polifacético, a lo que ayudó su larga vida (1872-1970), y donde cosechó por propios méritos los títulos de filósofo, matemático y lógico; consiguió en 1950 el Premio Nobel de Literatura; todo ello sin olvidar, su activismo social y político que le lleva a ocupar un lugar de honor en el siglo xx. Destacar esta brevísima carta de presentación, se debe sobre todo, a que, en los últimos tiempos su figura ha quedado algo arrumbada. De forma que, para las nuevas generaciones, actualmente en su período formativo, resulta ser un desconocido. De ahí también la ventaja que presenta esta reedición como una oportunidad no sólo para el recuerdo, sino también para el encuentro.

Pero por otro lado, también queda patente la conveniencia de visitar un ideario lúcido y apropiado para las circunstancias adversas que atravesamos. De ese modo, y aunque ha transcurrido la redonda cifra de 75 años desde que se publicó, la agudeza y clarividencia de muchos de sus apuntes, nos sirven para afrontar el análisis del complicado escenario político actual.

Fiel a su título, el libro versa sobre el poder como uno de los más fuertes impulsos que mueven a los seres humanos, y que además sirve de diferenciación con respecto a otras especies; estas orientan su actividad para la satisfacción de sus necesidades básicas; el ser humano sigue siempre sin saciarse. Russell define

---

\* Directora del Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la UCM.

el poder como *la producción de los efectos deseados*. Esto es lo que hace difícil la *cooperación social*, continúa Russell; por cierto, ésta resulta ser la primera lección que reciben los estudiantes de ciencias políticas.

La gloria es otro de los objetivos preferidos del ser humano; y además está ligado al poder, ya que el camino más fácil para alcanzar aquella, es servirse de aquel. Tal es la importancia que Russell concede al poder que sostiene que *únicamente dándose cuenta de que el amor al poder es la causa de las actividades que importan en los asuntos sociales, puede ser rectamente interpretada esa historia sea antigua o moderna*, por lo que el autor inicia una senda de explicación cratológica de la realidad social sumamente perspicaz. Para Russell pues, el poder es el concepto fundamental de la ciencia social.

El ansia de poder aunque es general, está distribuido desigualmente y es limitado; por ello, Russell sentencia que *el impulso hacia el poder tiene dos formas: explícita en los caudillos; implícita en los secuaces*. Esto es lo que hace soportable la desigualdad en la distribución del poder; de ahí se explica también y por razones técnicas, la necesidad del liderazgo social y político para llevar a cabo las empresas colectivas. Por tanto, el impulso a la sumisión es la otra cara de la misma moneda, siendo a juicio de Russell *tan real y tan común como el impulso a mandar*; y todo se basa en el miedo. De ahí que sostenga que cuando hay un peligro, hasta los más altaneros líderes acatan las órdenes de otros. En este punto, cita como ejemplo, la circunstancia en que algunos reyes todopoderosos se sometían a la voluntad divina buscando una salvación, al final la suya. Y queda por citar un tercer tipo de personas: las que se apartan; su refugio puede ser tanto físico como mental.

Tratando los rasgos del líder poderoso que ejerce, Russell cita la confianza en sí mismo, la decisión rápida y la habilidad para decidir las medidas justas. La oratoria como vehículo de excitación colectiva es un elemento importante *-es preciso que el caudillo no comparta los sentimientos que suscita -*, no sólo aparente sino bien interiorizada. ¿Cómo se produce esa confianza, uno de los requisitos más valiosos para un líder? Russell apostilla que la transmisión hereditaria del poder es una base sólida. La monarquía sostiene la herencia familiar de unos dones, como no ocurre con las familias comunes —aunque el argumento tenga limitaciones racionales, como se verá—. Se trata sin ir más lejos que del hábito de mandar. Pero también es verdad que algunos jefes notorios en la historia provienen de situaciones revolucionarias. Russell cita a Cromwell, Napoleón y Lenin —a quien llegó a conocer personalmente—. En su análisis los tres tuvieron una extraordinaria confianza en ellos mismos, y lograron confianza en sus decisiones por parte de sus seguidores. En este recordatorio a líderes en situaciones extraordinarias, resultan dignas de mención las alusiones a Hitler y a Mussolini, muy presentes en el panorama internacional en el que Russell escribe este libro.

Como buen conocedor de la Historia y de sus lecciones, Russell establece un catálogo de tipos poderosos: «el caballero», cuyo perfil deviene de la puesta en juego del poder hereditario y es resultado del ocio y de la superioridad indiscutida; «el sabio», dibujado con base en la cultura y la sapiencia reales

o supuestas; curiosamente y con buen y atinado criterio Russell sitúa en su verdadero lugar actual a su «descendiente»: el intelectual, quien anclándose en la antigua figura del sacerdote, se ha visto perjudicado en sus recursos de poder por la difusión de la cultura. El conocimiento científico es difícil pero no misterioso; es visto como un simple empleado. Si la virtud del «caballero» es el honor», la del sabio es, lógicamente, el saber.

El capitalismo ha traído un nuevo tipo de poderoso: «el ejecutivo» o persona que domina, por tanto ejerce el poder dentro de las organizaciones económicas; su fuerza acumuladora de poder se basa en sus atributos, a saber: es un buen psicólogo con decisión rápida y voluntad de hierro.

Y, por último, cita a los «cortezanos», definidos como de los que maquinan en secreto. Persiguen más el poder que la gloria y con frecuencia son socialmente más reservados. Un sistema con mucho poder cortezano es por lo general un sistema poco capaz de promover el bienestar general.

A través del hilo conductor del poder, Russell se adentra en una distinción de conceptos políticos fundamentales de antes y de ahora. Uno de los temas mejor tratados en el libro comentado es sin duda, el de los regímenes democráticos. Y todavía cobra más valor, cuando nos hallamos inmersos en una especie de modo de incertidumbre, donde las instituciones democráticas y su rendimiento están siendo puestos en solfa. Como convencido demócrata, a la par que persona de vasta cultura, nos proporciona argumentos sólidos para la defensa del sistema.

Haciendo una brevísima incursión histórica, Russell señala que tras la anarquía, el primer paso natural es el despotismo, al que se llega con facilidad por el mecanismo instintivo de la dominación y la sumisión, ya comentado antes. La cooperación igualitaria es mucho más difícil, ya que está mucho menos en conexión con aquel instinto. De ahí se extrae que la democracia que se basa tanto en la igualdad como en la cooperación, aparece como una forma de gobierno más elaborada y costosa. Y apostilla algo muy importante: hasta ahora no hay un mejor método para la protección de los gobernados. Así como recalca: los méritos de la democracia son negativos, ya que no asegura un buen gobierno, pero previene de ciertos peligros. Por tanto, este planteamiento, lleva a abordar las democracias como sistemas limitados pero los menos malos de los ensayados a través de la historia humana.

Russell apela a un gobierno como democrático cuando una gran parte de la población participa en el poder político. Al ser el régimen con una mayor libertad de expresión, también deja más palmarias tanto sus limitaciones como sus dificultades.

Entre las primeras, Russell destaca que en algunos momentos las decisiones que se toman han de ser rápidas, y por tanto, no es factible la escucha constante del pueblo, y otras decisiones requieren conocimientos técnicos específicos, que no todo el mundo posee. En ambos casos, la base de actuación de los gobernantes es la confianza que despiertan en los demás. Se trata de ejercitar una responsabilidad funcional o técnica, basada en una relación fiduciaria de los

gobernados. En definitiva, pone énfasis en la responsabilidad de los políticos, que tanta controversia suscita hoy en día.

Al hablar de dificultades, hay varias; Russell comenta expresamente y de modo general que es una forma de gobierno que debe estar dispuesta a compromisos, y esa composición precisa de mayor cuidado y afán. Por otro lado, también se apunta a que la democracia no es sistema ágil cuando está inmersa en un conflicto bélico —*una nación de fanáticos unidos tiene más probabilidades de éxito en la guerra que una nación que contiene una gran proporción de hombres cuerdos*— pero hay que recordar que es una falacia que se puede rebatir con ilustres ejemplos históricos; Russell cita en este caso al triunfo y expansión del Islam, y al breve período republicano de Oliverio Cromwell, donde deja patente con su explicación, la confluencia de otros factores decisivos en aquellas victorias que dejan muy atrás la concurrencia del fanatismo.

Asimismo, resulta de interés el comentario del filósofo Russell sobre las cualidades de un político en democracia. Ve distintas posibilidades, dependiendo de si el régimen atraviesa un momento de calma o de tensión revolucionaria. La apariencia de solidez y buen juicio son suficientes en el primer caso, mientras que en el segundo se precisa demostrar determinación a través de una combinación de decisión, pasión y audacia. Todo este repaso de requisitos, tanto los unos como los otros, sirven para hacernos pensar, cómo actúan y qué imagen proyectan los políticos en los tiempos que corren; si se ajustan o no ese patrón.

Y para finalizar este epígrafe acerca de la democracia como sistema de gobierno, recordar la máxima que el autor escribe: *la democracia sólo es estable cuando ha durado el tiempo necesario para hacerse tradicional*. Un argumento válido más de esta revisita al clásico para entender mejor el momento presente.

Otro de los temas tratados que despierta un interés muy vivo, desde la óptica del día de hoy, es la reflexión russelliana sobre las organizaciones y el poder.

Desde una perspectiva generalista, Russell trata a las organizaciones como organismos con vida propia. Su definición es muy clara a la vez que operativa: *una organización es un conjunto de personas que se relacionan en virtud de actividades dirigidas a fines comunes*.

Entre las organizaciones pueden establecerse una fuerte competencia cuando tienen objetivos similares, y así encontramos un mundo repleto de tensiones y luchas entre organizaciones. Pero también hay que contar con la disputa interna. El apetito del poder se manifiesta claramente en la vida interna de las organizaciones por ocupar la dirección de las mismas.

Descendiendo al detalle, Russell cita a las mencionadas organizaciones por sus nombres. Son de sobra conocidos para todos: las Iglesias, las corporaciones de negocios y los partidos políticos. Las tres tienen también que ver con la crisis actual.

Las Iglesias sostiene Russell aspiran a ser mundiales, y en la situación actual arrastran una pérdida importante de poder gracias al proceso de secularización de la sociedad, aunque empezaron a perder desde el momento en que se instaló

el derecho de libertad religiosa. Incluso Russell, desde la perspectiva de los años treinta del siglo pasado, en los que escribe este texto, asevera que el auge del nacionalismo ha sido también un factor a tener en cuenta en el descenso de influencia de la religión. En otro momento del texto también escribe que *el orgullo nacional y el fervor religioso son los mejores medios para asegurar la cohesión*; dejando claro que ambos compiten por un mismo espacio.

Las corporaciones de negocios en el lenguaje del texto, o sea, las grandes empresas multi o transnacionales buscadoras de beneficios a lo largo y ancho del planeta, tanto productoras de bienes, como de servicios, y cómo no, las financieras, han copado las páginas de actualidad y el protagonismo en esta crisis que azota sin piedad a las sociedades actuales. El auge del capitalismo y su internacionalización ha sido el escenario donde se ha fraguado dicha crisis. Con la vena del visionario, Russell escribe que estas organizaciones económicas son las de carácter privado más importantes de los países democráticos. Con su agudeza habitual también, redacta la siguiente frase tan actual como el momento en que se escribió: *a diferencia de las sociedades secretas, pueden ejercer su terrorismo sin ilegalidad, dado que no amenazan con matar a sus enemigos, sino únicamente con hacerlos morir de hambre*. También pone sobre la mesa que su forma de gobierno interna es lo más parecido a una oligarquía.

Y para redondear el escenario, están los partidos políticos, otros actores inmersos en la crisis global. Desde el enfoque russelliano de finales de los años treinta del siglo xx, pero tan vivo ahora como antes, señala los siguientes términos, aptos, por tanto, para un debate de hoy mismo. Los partidos son asociaciones voluntarias de individuos, sujetos a dos clases de lealtad: al programa en las opiniones que profesan, y lealtad a los jefes en su actuación diaria. Este pilar de la lealtad —unidireccional— tiene mucho que ver con la desafección por parte de los ciudadanos con respecto a los partidos y a sus líderes.

También Russell expone la falta de democracia interna de estas organizaciones que trabajan en democracia y que debían de dar ejemplo. Por el momento histórico en que se escriben estas líneas, también aparecen los ejemplos de partidos no democráticos como los comunistas, los fascistas y los nacionalsocialistas, donde advierte además de que en su seno se opera con un despotismo muy severo, tanto por su propia ideología como por el entorno, generalmente hostil, en el que operan.

Otro de los grandes temas a destacar abordado por este autor en esta obra, revisitado a la luz de la actual crisis institucional, es la monarquía. La presentación que se hace de la institución parte de su evolución histórica, y, por tanto, hay en su planteamiento modelos definitorios de otras épocas, como es el caso de las monarquías electivas medievales, o de las monarquías absolutas de los siglos xvi, xvii y xviii, de las que no se harán comentarios explícitos, lo que no desmerece el singular repaso histórico que se aconseja releer.

La monarquía como forma de coronar —nunca mejor dicho— un Estado, es decir como la fórmula que da fisonomía a la Jefatura del Estado, ha sufrido una evolución simbólica descendente. Russell comenta que los reyes no pueden ir a batallas porque son demasiado importantes si mueren, no se les puede

comunicar hechos desagradables para no poner en riesgo la vida del mensajero, y por tanto su simbología va perdiendo solvencia, *y un día el pueblo se da cuenta de que no simbolizan nada que merezca la pena.*

Como todo en la vida, la monarquía presenta ventajas e inconvenientes. Entre estos últimos, se destaca que si es hereditaria, el razonamiento lógico lleva a sostener que no todos los miembros de una misma familia tienen los mismos dones, si no es hereditaria, casi peor porque tras la desaparición de un monarca, siempre sobreviene un período de luchas hasta que se asiente el nuevo rey<sup>1</sup>.

Otra desventaja que apunta el autor para la monarquía es que se suele mostrar indiferente a los intereses de sus súbditos, salvo que coincidan con los suyos; por otro lado, también como apunte negativo de la monarquía, esta suele descansar en algún sector de la población: Iglesia, aristocracia, burguesía..., y como el grupo arrastre impopularidad, acaba siendo también la del monarca.

Las ventajas que presenta la forma de gobierno monárquica son, a juicio de Russell, es que es una forma de gobierno inteligible. Para apoyar su tesis, recurre a un clásico para el que pide renovar la atención, Walter Bagehot (1826-1877), autor de *The English Constitution*, escrito al que precisamente remite. Menciona el párrafo en el que la reina Victoria paseaba por los jardines de Windsor y su hijo, el príncipe de Gales acudía al Derby. Aun a pesar de que pudiese parecer que se trataba de actividades sin importancia, *las acciones de una viuda retirada y de un joven sin empleo son fácilmente concebidas por sus súbditos. La mayoría de los hombres lo comprenden, mientras comprenden difícilmente cualquier otro.* Además, añade Russell que la monarquía facilita la cohesión social *porque no están difícil sentir lealtad hacia un individuo como hacia una abstracción.*

Otro de los grandes temas que plantean un vivo interés en el lector de este libro, y este ya más desde una perspectiva histórica que actual, es el comentario de Russell acerca de los totalitarismos del siglo xx. Como observador agudo de la realidad que le tocó vivir, esas extremas dictaduras que tuvieron lugar a lo largo del siglo xx, y que aún siguen presentes en algunos lugares, despiertan en él, una reflexión de cautela y de rigor, al alcanzar sus verdaderas dimensiones, aún sin haberse desencadenado aún la II Guerra Mundial.

Su carácter no democrático, y su inevitable acumulación de poder desnudo sobre sus sufridores alertan a Russell de su inconveniencia y de su perversidad. Citas literales como *el Estado no debe considerarse como el guardián de la verdad en la ciencia, en la metafísica o en la moral. Lo ha hecho así en ciertas épocas y lo hace en el presente en Alemania, Italia y Rusia*, demuestran con claridad que sabía lo que se tenía entre manos. El origen revolucionario o bien rupturista de

---

<sup>1</sup> En este punto concreto, y siguiendo con la lógica que guía toda la recensión, de releer la obra de Russell a la luz de los acontecimientos actuales, el autor sostiene que sólo tiene un ejemplo de transición pacífica de un monarca a otro en situación no hereditaria: el Papado. Este año 2013, hemos tenido una nueva ocupación de la silla de San Pedro, con la novedad en siglos de la supervivencia del anterior ocupante.

estos regímenes con respecto a sus predecesores, hace posible que Russell hable repetidamente de la figura del innovador, y su peligrosa estela. *Han estado dispuestos a sufrir voluntariamente el martirio, pero han deseado igualmente infligirlo a los otros, o bien el innovador apasionado es un milenarista, aunque en el presente es revolucionario, en el futuro es conservador. En la oposición es un terrorista, en el gobierno un perseguidor.* Con respecto a sus logros, una vez conquistado el poder, Russell lo tiene claro. Sirva otra cita literal al efecto: *Los innovadores históricamente importantes han creído poder tomar el reino de los cielos por asalto; han conseguido con frecuencia su reino, pero éste ha demostrado no ser el reino de los cielos.* Sirva toda esta reflexión para todos aquellos que al pasar el tiempo han minimizado los efectos de estos sistemas.

Muchos son los otros temas que aborda Bertrand Russell en este libro clásico. Resulta imposible sacarlos todos a colación. La idea ha sido visitar aquellos conceptos sobre los que reflexionó en la década de los treinta para demostrar que, como buen clásico, no han perdido vigor, y que hoy nos pueden ayudar a los ciudadanos del siglo XXI a abordar los debates pendientes dentro de la gran crisis institucional que padecemos. Su frase definiendo la vida humana como una perpetua interacción entre la volición y los hechos ingobernables, ayuda como máxima para afrontar el desafío.

La recomendación de volver al libro es meridiana, vamos a encontrar ayuda para observar, pensar, analizar e interpretar; Russell ayuda con sus herramientas, pero como buen filósofo y tenaz activista, siempre nos deja libertad para sacar las conclusiones pertinentes cada uno desde la mirada propia.